



Tomado de: http://dik-hannover.de/WordPress_02/wp-content/uploads/2013/02/Rom-Villa-Madama-Maccari-Cesare-Cicero-Catilina-in-der-Senatssitzung-vom-5.12.63-v.Chr.-Fresko-19.Jh.-Kopie.jpg

El medio ambiente y el cristianismo en el declive del imperio romano

César Augusto Botero Muñoz



Resumen

El presente artículo describe el declive del imperio Romano, asociado al auge del cristianismo y su afianzamiento en occidente, junto con sus características principales como sus prácticas, dogmas y cosmogonías. La metodología escogida fue la investigación histórica y cualitativa de carácter holístico. Las conclusiones obtenidas hacen referencia a la dotación de sentido dado por el surgimiento del cristianismo en la época decadente del imperio, siendo el cristianismo el impulso que salvaguardó el cuidado del ambiente y muchas manifestaciones humanas de esta civilización.

Palabras Clave: religión; cristianismo; imperio romano; política; economía.

**El medio ambiente y el cristianismo en el declive
del imperio romano***

*O meio ambiente e o cristianismo no declive do império
romano*

*The Environment and the Christianity in the fall of The
Roman Empire*

César Augusto Botero Muñoz**

Abogado - profesor Universidad de Manizales - Colombia

Para citar este artículo:

Botero, C.A. (2016). El medio ambiente y el cristianismo en el declive del imperio romano. *Ambiente Jurídico* N° 20, pp. 201-220

Recibido el 17 de octubre de 2016 - aprobado el 7 de noviembre de 2016

* Este artículo de reflexión proviene de la tesis de maestría en Desarrollo Sostenible y Medio Ambiente de la Universidad de Manizales, con el título: “Prácticas Ambientales en la época de los doce Césares”. Se inscribe en las ciencias sociales y aborda los problemas jurídicos en relación con el ambiente en Roma. se inició en junio de 2015 y terminó en julio de 2016.

** Abogado. Magister en Desarrollo Sostenible y Medio Ambiente. Especialista en Derecho Privado y Especialista en Derecho Empresarial. Profesor de la Universidad de Manizales, adscrito a la oficina de planeación de la Universidad de Manizales - control interno. ORCID: <http://orcid.org/0000-0001-6126-5131>. Correo electrónico: cbotero@umanizales.edu.co - cesarbotero27@hotmail.com

Resumo

O presente artigo descreve o declive do império Romano, associado ao auge do cristianismo e sua consolidação em ocidente, junto com suas características principais como suas práticas, dogmas e cosmogonias. A metodologia escolhida foi à pesquisa histórica e quantitativa de caráter holístico. As conclusões obtidas fazem referencia à dotação de sentido dado pelo surgimento do cristianismo na época decadente do império, sendo o cristianismo o impulso que salvaguardo o cuidado do ambiente e muitas manifestações humanas desta civilização.

Palavras Chave: religião; cristianismo; império romano; política; economia.

Abstract

This paper describes the fall of the Roman Empire, associated to the rise of the Christianity and its strengthening in the west, altogether with its main characteristics as its practices, dogmas and cosmogonies. The chosen methodology was the Holistic, qualitative, historical research. The conclusions refer to the provision of sense given by the appearance of the Christianity at the age of the decadence of the empire, being the Christianity the momentum that preserved the environment and many other human manifestations coming from this civilization.

Key words: religion, Christianity, Roman Empire, politics, economy.

Introducción

La historia del imperio Romano quedaría incompleta si no se sitúa en ésta el papel clave del cristianismo en su cultura. La romana se vio amenazada por las turbulencias políticas y bélicas que socavaron poco a poco la organización del Estado, y lo condujeron a una progresiva y evidente decadencia. Por otro lado, el cristianismo surgió paulatinamente y apareció suavemente en el espíritu de la época, en los primeros tres siglos de nuestra era como un fenómeno religioso que fue creciendo con paciencia en la discreción que exigía la persecución de una secta que se consideraba conspiradora contra el imperio.

Entre el año 192 y el 337 d. de C., el estado crítico al que se hizo referencia, fue precipitado por la muerte del emperador Cómodo, generando levantamientos e insurrecciones en varios lugares del imperio. Roma se había convertido en una metrópoli de gigantescas dimensiones, hasta el punto en que, en el siglo I, se calcula que tenía una población de 1.200.000 habitantes, cuando en el reinado de Julio César, 45 años antes, la población se calcula en unos 460.000 (Díaz-López, 2015). Los dos primeros sucesores de Cómodo Séptimio Severo y Caracalla, le confieren al ejército un papel determinante en los asuntos del Estado. Todo esto crea un espectro de posibilidades confusas en las que Roma como capital de muchas provincias, padece casi de medio siglo de “Conjuraciones, guerras civiles y desastres mientras que el aparato defensivo y las fortificaciones que protegen el imperio en las fronteras son sacudidos por las primeras incursiones bárbaras” (Caratini, 1970). Este panorama devastador puso a Roma en un peligro evidente. Los persas en Siria y los Germanos en el Rin y el Danubio acechaban un titubeo del emperador para aplastar a Roma.

Estas amenazas trajeron como consecuencia la fragmentación de lo que era un imperio políticamente centralizado. De acuerdo con Valderas (2014), se fundaron “imperios provinciales independientes”, que enfilaron fuerzas para luchar contra estas invasiones. Algunos personajes provinciales se convirtieron en pescadores de río revuelto, que en busca de protagonismo y poder, le aportaron una cuota alta al clima de caos, desorden y destrucción.

En este contexto territorial, las transformaciones tienen como consecuencia el debilitamiento económico de las ciudades, mientras que los grandes señores feudales adquieren poderes con los que no se habían soñado. La

tenencia de la tierra pasa a ser un aspecto de carácter privado, lo que permite procesos de colonización a través del esquema de relaciones de producción del feudalismo, mediatizado por el servilismo como forma de explotación. Entre tanto, los cristianos organizaban su proyecto religioso, político, económico y social. Esto lo hicieron en los complejos subterráneos de la ciudad amurallada. La vida cristiana se fortaleció en las entrañas más oscuras de las catacumbas. Aprovecharon acueductos en desuso, antiguos drenajes y hasta cavernas que ellos mismos construyeron, hasta que finalmente es reconocida como religión oficial, “El cristianismo, todavía combativo y perseguido por Diocleciano, es reconocido oficialmente por el emperador Constantino después de su conversión (Edicto de Milán, 313) A los herejes se les prohíbe reunirse (331) y se promulgan leyes, de inspiración cristiana, contra el divorcio (Constitución de Constantino 311)” (Caratini, 1970). No obstante, se cree que de los 50 millones de personas que conformaban todo el imperio, no menos de 5 millones eran cristianos (de Isasa, 1998). La conversión de Constantino da lugar a un período que trajo consigo otras posibilidades y condiciones para el cuidado de los bosques y las aguas, esta vez bajo el estándar de la guía y la inspiración espiritual de Jesús de Nazareth.

Otros tres hechos adicionales, fortalecen la tesis que explica la decadencia del imperio romano y que fueron el augurio del final del mundo antiguo. Por un lado, el cristianismo progresa y el edicto de Teodosio la confirma como religión del Estado. De otro lado, la muerte de Constantino el 22 de mayo del 337 deja como consecuencia un clima de inestabilidad, caracterizado por robos, intrigas, repartos y disputas, en los que participan directamente algunos miembros de la Iglesia ya constituida como élite y representación del nuevo poder dominante. Esto genera brotes de división en el seno de la iglesia, entre los ortodoxos más radicales, frente a los no ortodoxos y de tendencia liberal. El tercer aspecto, tiene que ver con el rompimiento definitivo de la unidad establecida por Teodosio. Esto conduce a la división del imperio en Imperio romano de oriente e imperio romano de occidente.

Independientemente de esta confluencia de hechos, el cristianismo es reconocido como una fuerza social, económica y política, autónoma de gran poder. La guerra adquiere un sentido de dominación espiritual, y encuentra en la conformación de ejércitos inspirados en Cristo un elemento ideológico y teológico para motivar el sacrificio, la devoción y el heroísmo. El cuidado

de la naturaleza comienza a depender de percepciones y cosmogonías religiosas que sustentan una estructura material que visibiliza sus prácticas.

También hay que hacer referencia a los cambios políticos y sociales, las costumbres que se impusieron y las dinámicas artísticas y religiosas propias de este nuevo movimiento espiritual que se tomará a Europa en los tiempos venideros.

Roma, ciudad metropolitana, con sus edificios centrales: el templo, el foro y el Mercado; un hervidero de personas, un punto de encuentro de culturas, un engranaje de pasiones y odios, un imperio conectado política y económicamente a sus colonias y a los territorios conquistados; esta Roma con sus calles empolvadas transitada por carruajes y peatones, con las ínsulas en las que se hacinaban millares de personas, con sus alcantarillados y sus puentes, sus acueductos y sus ternas, sus villas urbanas y rurales, sus cloacas y sus baños públicos. Esta es la capital del mundo que de un modo distinto soportó los rigores del clima, de los incendios y de las inundaciones, de las pestes y las epidemias, de la sobrepoblación, de la escasez de alimento, y de todos los problemas ambientales que en la lejanía y en el punto de partida pueden comprenderse en una época como la nuestra que tiene preocupaciones globales y fusionadas respecto a las necesidades comunes en materia de desarrollo y medio ambiente.

Planteamiento del problema

En la actualidad se habla de desarrollo sostenible desde una perspectiva restringida a lo económico, en la que la lógica del mercado se impone sobre la lógica del cuidado del planeta, sobre la lógica de la justicia, sobre la lógica de la libertad como la entiende Amartya Sen (2000). La revolución industrial y tecnológica ha sido responsabilizada de los grandes problemas atmosféricos de hoy, pero, conviene preguntarse si son la industria y la tecnología por sí mismas o si es un sistema económico en el que el capital se reproduce y se expande o desaparece. Ahora bien, respecto a la sociedad que estudiamos, cabe preguntarse hasta qué punto algunas prácticas sociales romanas también produjeron trastornos en su momento. Los romanos construyeron acueductos y baños públicos pero no se registran informaciones certeras que demuestren una extensión de estas a las viviendas de la ciudad. Una buena parte de la población no tenía acceso ni siquiera a las letrinas públicas o cloacas para depositar sus desechos, tenían que hacerlo

en recipientes y generalmente arrojarlos a la calle por la ventana. Este solo es un ejemplo de cómo podrían abordarse los discursos sobre un tiempo mejor, si se confronta la época y su circunstancia. El problema que enfrenta este artículo es el papel que jugó el cristianismo en la actitud de la Roma antigua en la manera como manejó sus problemas ambientales, y si incluyó aspectos más allá de lo económico. Es de tener en cuenta que fue el cristianismo el elemento clave para el desarrollo de nuevos sistemas políticos, artísticos y culturales que, de no ser por su participación, hubieran desaparecido. La iglesia cristiana expandió algunas costumbres del imperio que la adoptó como la religión oficial desde el siglo III y siguió sus criterios en muchos aspectos de la vida personal y colectiva.

La ciudad de Roma se desarrolló sobre la base de una abigarrada multiplicidad de criterios y conceptos provenientes de sus colonias. Algunos fueron metódicos, dirigidos y planeados por una política social y urbanística. Otros carecieron de todo tipo de ordenamiento y se hicieron sin un conocimiento muy claro de las condiciones de la ciudad y del imperio. Por eso Josephen Walker plantea que:

La construcción de las casas no se regía por plan de urbanismo alguno, y se levantaban donde sus constructores querían y podían, por lo que las chozas más pobres se codeaban con las suntuosas casas de los ricos. Sin transición un viandante podía pasar, desde una miserable casucha de madera a un palacio de mármol de dos plantas edificado a la moda romana, fachada sobria y patio interior con alguna Fuente o curiosidad exótica. En su día, el emperador Zenón (474/491) trató, mediante una ley –a todas luces ineficaz–, de imponer una cierta anchura por las calles unos seis metros y de separar los balcones por una distancia mínima, que no era cosa de que las vecinas chismorreasen unas de las otras, además, tal medida servía para evitar, en lo posible la propagación de incendios pues las calles actuarían a manera de cortafuegos (p. 57)

Sin embargo, a pesar de esta apreciación, se observa que por lo menos se tenía una noción sobre cómo establecer las distancias y darle un diseño arquitectónico a la ciudad.

El agua en Roma

La concentración humana en Roma requería nueva tecnología y estructuración para los flujos de desechos y distribución del agua. Había

cierto control de las condiciones de salubridad en la ciudad, pues construyeron redes de alcantarillado, y si bien la gente no podía acceder a dichas redes desde su vivienda, tenían la posibilidad de usar los retretes públicos por un pago módico, de tal manera que depositaban la basura que provenía de sus viviendas en una especie de cisternas que permanecían tapadas y que estaban ubicadas en lo profundo de los pozos.

Ilustración 1. Baños públicos en Roma

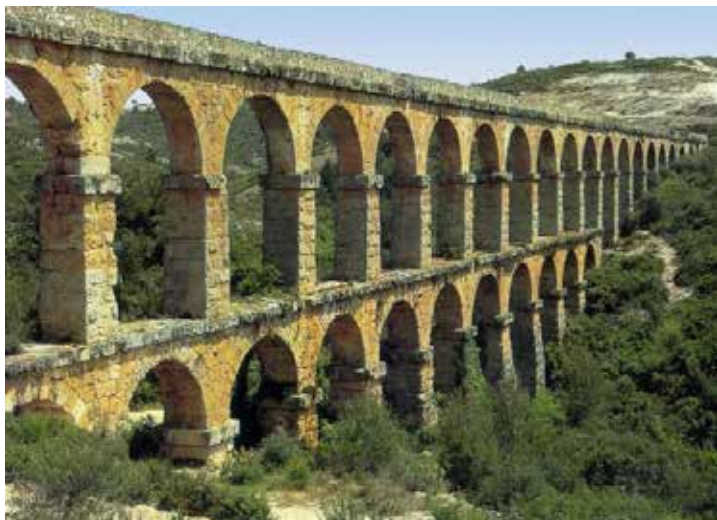


Fuentes: <https://yoatomo.files.wordpress.com/2014/03/wc-romano.jpg> y <http://arquehistoria.com/wp-content/uploads/2012/10/letrinas-001.jpg>

De allí se extraían los desechos, pues, los estercoleros tenían propiedades de abono y la orina, que era recogida en ánforas se utilizaba para trabajar los paños. La tecnología sanitaria de Roma fue incluso superior a las de las ciudades de la Edad Media. Eficientes cloacas, alcantarillados, caminos limpios, sus magníficos acueductos. No hay que olvidar su sentido del aseo con sus baños públicos y la pulcritud con entierros hechos en cremación en los cementerios ubicados en la periferia de la ciudad, para evitar la pestilencia de la descomposición de los cadáveres.

Sobre el manejo de las aguas, los romanos tomaron de los árabes la ingeniería que aplicaron en todas las colonias. En Petra, Jordania, por ejemplo, llevaron agua a lo largo del cañón de entrada por muchos kilómetros hasta la ciudad tallada en la piedra. Y en el siglo I y II, Adriano construyó un acueducto monumental cuyas ruinas testimonian de manera asombrosa. Y como esos, en todo el imperio se construyeron acueductos como condición de posibilidad de la vida urbana. En Roma, el acueducto se conecta con un sistema de distribución del agua mediante canales que

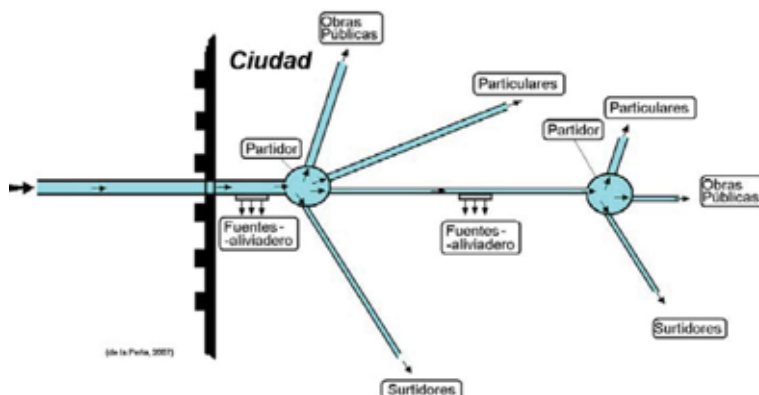
Ilustración 2. Acueducto de Adriano



Fuente: http://st-listas.20minutos.es/images/2014-01/375635/4309974_640px.jpg?1391539298

permitía llevarla hasta los edificios, las fuentes y otros puntos de consumo regular, incluso llegando a repartirla por los campos. El agua se tomaba de fuentes naturales como lagos, ríos, escogidos previamente por su calidad y su abundancia y por el nivel freático.

Ilustración 3. Esquema de abastecimiento de agua a Roma en su etapa inicial, con las primeras conducciones



Fuente: (De la Peña, 2010, pág. 252)

Estas obras de ingeniería estaban hechas de argamasa y losas de piedra a prueba de agua, de tal manera que la preservaban de la luz y el calor para que llegase intacta a su punto regular de destino. Mediante un descenso paulatino del declive, controlaban la presión del agua, que llegaban a los depósitos junto a los manantiales.

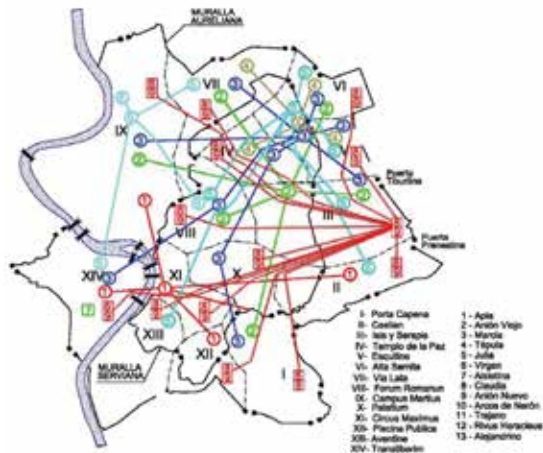
Las redes de cloacas estaban creadas para limpiar, mediante colectores distribuidos en las calles, en lugares como los pequeños bordes, bajo la mayoría de las aceras. Constituían conductos extendidos a poca profundidad del suelo y complementaban la red de saneamiento. También construían aliviaderos para recoger las aguas que provenían de la lluvia.

Ilustración 4. Fuente aliviadero típica romana



Fuente: (De la Peña, 2010, pág. 252)

Ilustración 5. Red de abastecimiento de agua en Roma dividida en catorce distritos



Fuente (De la Peña, 2010, pág. 270)

La ciudad de Roma estaba dotada de 1.200 fuentes públicas, 11 termas y 927 baños públicos donde se empleaba el agua suministrada en lugares públicos. Obras de ingeniería por su efectividad, eficacia y calidad (De la Peña, 2010).

Influencia del cristianismo en Roma

La planificación y el ordenamiento de un territorio para la explotación de ciertos recursos tiene repercusiones en la autosuficiencia y el equilibrio con el entorno. Sin embargo, estas consideraciones son explícitas solo en la actualidad, cuando se empieza a percibir que el planeta no es infinito y que se puede deteriorar hasta morir. Ciertamente es que en Roma, y específicamente en la época de la que se ha venido hablando, hubo un cambio de costumbres por el influjo del cristianismo y, a la inversa, la iglesia adquirió del mundo romano rasgos que no tenía en las comunidades cristianas primitivas (Ángel A., 2016). En el primer sentido, el del influjo cristiano en la vida de la ciudad, puede pensarse en el culto a un dios único, en la personalización de la vida moral, en una nueva forma de concebir el destino. Y, en el sentido del influjo del mundo romano en la iglesia puede pensarse en la jerarquización de las dignidades eclesiásticas, en el boato y la suntuosidad del poder de la iglesia, en la fusión de la Iglesia y el Estado y en la introducción del derecho en el pensamiento eclesiástico, entre otros asuntos, como una concepción del tiempo histórico lineal y escatológica (Ángel, 2015). La Roma de transición a la cristiandad desarrolló un orden caracterizado por el planeamiento del paisaje, la fragmentación de los campos en parcelas, la construcción de caminos adoquinados, la tala de árboles para sembrar trigo y otros cereales, lo que dio lugar a reemplazar los paisajes naturales por un paisaje artificial.

Ahora bien, la idea misionera paulina influye en que el imperio romano, en el siglo III, continuara extendiendo sus fronteras ya no solo con fines territoriales sino espirituales. El fervor misionero le dio un nuevo sentido a la guerra imperialista, porque se trataba ahora de salvar las almas de los bárbaros. Además, la defensa de las fronteras trae como consecuencia una especie de despertar espiritual, que tiene su mayor impacto en la arquitectura religiosa, que se hace visible tanto en Roma como en las demás capitales del imperio.

No es extraño que estas nuevas capitales se convirtiesen en centros arquitectónicos religiosos y civiles. En algunos casos, no se han conservado mo-

numerosos, y quedan escasas fuentes literarias, que pudieran documentar tal actividad constructiva, como en Nicomedia o Alejandría, En otros lugares, como la propia Constantinopla, Jerusalén o Antioquía, los testimonios materiales de esta época son más bien pocos en comparación con los textos disponibles. Por el contrario, en Roma, Milán o Tréveris, abundan las aseveraciones, tanto literarias como materiales (Walker, 2004, pág. 73).

El cristianismo, sin proponérselo explícitamente, comenzó a tomar sentido de expansión a todo el mundo, de ahí el término católico que indica universalidad¹. Sus creencias y prácticas hechas visibles en sus contracciones, podían encajar por así decirlo en la raigambre de las tradiciones de otras culturas y religiones. Este que fué un legado del Helenismo Griego, que encontró en el siglo III en Roma un auge inusitado y sorprendente:

El arte helenístico, reinante en el Imperio Romano e igualmente en sus fronteras, en el estado Hindú de Gandara, en Afganistán, el Bactriana, había tomado un carácter abstracto y cosmopolita, que se acomodaba a todas las razas y religiones, escribe Bréhier. Así, el mito de Orfeo se encuentra en los cementerios cristianos (catacumbas romanas anteriores al Edicto de Mhán) y en las Sinagogas judías (de las Diáspora), y el mismo tipo cultural del orador se ha atribuido a Cristo enseñando y a Buda (Walker, 2004, pág. 125).

De todas formas, el expansionismo romano, con las nuevas motivaciones religiosas, respondió también a las amenazas de las invasiones de las hordas orientales que empezaron a ocupar lo que hoy es Alemania y que se cernían como una amenaza sobre la península romana. Esos nuevos bárbaros llegaron a Europa con sonidos de guerra, y con nuevos dioses y nuevas creencias. Para entonces, Europa era un bosque en casi toda su extensión, pero los nuevos pobladores, romanos y bárbaros, crearon nuevos enclaves (Boia, 1997). Los suelos de la península romana, en cambio, ya habían sido colonizados y ya allí había pocos bosques. Esto, sin contar la isla de Sicilia que no era desértica, como en la actualidad, pues en el siglo II a.C., cuando fue tomada por Roma y convertida en provincia romana, era llamada “la despensa de Roma”, por su producción de cereal. De todas formas, el crecimiento inusitado de la ciudad, con más de un millón de habitantes

Católico proviene del griego katos=sobre y holos-n=todo, significa, entonces, sobre todo (el orbe). Por supuesto, no puede hablarse en ese momento de una idea de globalidad, porque para la Europa del siglo III, el mundo era un plato en el que estaba Europa, el norte de África, el oeste de Asia y poco más.

Ilustración 6. Arte Helenístico. Laocoón y sus hijos



Fuente: https://upload.wikimedia.org/wikipedia/commons/7/7e/Laoco%C3%B6n_and_His_Sons.jpg

improductivos, exigió un entorno altamente productivo, con mano de obra esclava y con una depredación altísima de los suelos y los bosques.

En el arte oriental se expresa una espiritualidad centrada en el culto por lo bello. La belleza y sus implicaciones prácticas en la cultura, retoma los referentes naturales como su mayor expresión. Esta creencia estuvo profundamente arraigada en el mundo cristiano de los siglos III y IV, y fue compartida con las otras tradiciones religiosas de la época. Lo más importante para destacar aquí es que la religión aparece ya como un sistema. Por su parte, el movimiento cristiano ve en el arte un elemento de culto de una iglesia misionera. El Edicto de Milán (313) tuvo una innegable y decisiva influencia sobre la formación de una arquitectura cristiana. La actividad de Constantino, que no tardaría en convertirse en constructor de iglesias, marcó una impronta indeleble en esta naciente arquitectura. La prontitud que las nuevas circunstancias requerían, llevó a improvisar edificios civiles

romanos para adaptarlos al nuevo culto. Así, la basílica, de función administrativa, pasó a ser sinónimo de templo mayor.

De planta rectangular, constaba generalmente de una o varias naves y servía de lugar de reunión. En la época imperial, destinada a la exaltación de la magistratura imperial y a determinadas ceremonias y solemnidades, se añadió un ábside, donde se situaba el trono. El cristianismo buscó rescatar de lo más profundo de la tradición griega aquellos sentimientos de espiritualidad y restituyeron el antropocentrismo apuntado al teocentrismo del que hallaba su inspiración y su *modus operandi* para circular como creencias en el Imperio.

Lo que estoy planteando como principio de humanización, derivado del establecimiento de la fe cristiana, no se vio solamente en el arte, la arquitectura, la escultura y las prácticas religiosas propiamente dichas. La política y las leyes sufrieron esta transformación, tratando de restituir derechos a ciertas personalidades que durante el apogeo del Imperio fueron conculcados.

En ciertos aspectos, la legislación siguió siendo severa. Se promulgaron leyes relativas a la esclavitud. La ley, tal como lo proclamó Justiniano, estaba basada en la humildad y en el sentido común. Los derechos de la mujer fueron tenidos en cuenta, lo que hace pensar en la influencia que sobre él tuvo su mujer, Teodora. Las madres fueron investidas de idéntica autoridad que los padres, en cuestiones relacionadas en la educación de la prole lo cual suponía un significativo alejamiento de la antigua práctica romana que daba absoluto poder al «*pater familias*». Se procuró atemperar la administración de la ley por su humanidad, si bien abundaron sentencias desproporcionadas a la magnitud del delito y, por descontado, numerosos actos de crueldad. En el ámbito griego, el derecho de Justiniano con el tiempo fue adaptándose a las circunstancias cambiantes y de simplificación formando la columna vertebral de las instituciones bizantinas durante su larga historia. Otros tres monumentos legislativos fueron publicados en estos años: el

«Código rural», que en opinión de Charles Dile, pretendía mejorar la situación del pequeño campesino y detener la desaparición de la pequeña propiedad libre; el «código Náutico» y el «código Militar», que trataba de restablecer la disciplina de las fuerzas armadas, mediante severos castigos.

La humanización de la ley fue para el cristianismo un caballo de batalla. La experiencia sufrida por ellos en los dos primeros siglos como con-

secuencia de la violencia del paganismo romano, hizo de este movimiento un símbolo del sufrimiento resignado cuyos mártires dieron su vida por los pobres. Sin duda alguna, esta mentalidad cambió considerablemente cuando los grandes monarcas como Constantino, Justiniano y otros abrazaron la fe cristiana. Esto trajo como consecuencia, una mala interpretación del dogma cristiano, conducente a la extensión del imperio bajo el pretexto de la cristianización del mundo, sin embargo en su condición primitiva, el cristiano prefería morir por su fe o poner la otra mejilla que actuar violentamente en contra de su prójimo.

En todo caso, el problema que se debatía en la iglesia se refería a una perspectiva helenista, representada por Pablo de Tarso, y una perspectiva del cristianismo original representada originalmente por Pedro y Santiago. Para estos, todos los hombres son iguales porque son hijos de un mismo padre. Este es el pensamiento de la tradición judía. En cambio, para aquel, la vida humana se resuelve fuera de la historia, en el tiempo de Dios. Pablo propone una perspectiva de la salvación del alma, más allá de este mundo de pecado, y con ello define lo que Agustín de Tagaste llamó la ciudad de Dios y la ciudad del hombre. Es decir, la historia marcha de manera necesaria hacia la ciudad de Dios, que está en un tiempo escatológico, fuera de la historia. Y ese camino es lineal. Esta es la concepción paulina que es la que se impone en la iglesia imperial (Ángel A. , 2016).

El principio de humanización característico del cristianismo romano, hizo de la legislación y de la jurisprudencia, un proceso que restituyó el sujeto titular de derechos. Como se hizo referencia en párrafos anteriores, se rescataron los derechos de la mujer, de la propiedad, de los esclavos y de otros sectores de la población. En una política impregnada por un discurso sobre el amor al prójimo o sobre la entrega de la vida para la gloria de Dios. Esta tendencia fue mucho más marcada en los siglos II y III, en los que floreció el cristianismo, y que condujeron a su consolidación como un sistema integrado de creencias, doctrina política, estructura de gobierno, cultura y civilización. Todo esto cambió notoriamente con el comienzo de la Edad Media. Las raíces históricas que permitieron afianzar la iglesia católica en Roma conjugaron una serie de figuras y rupturas políticas, religiosas, económicas, sociales, con matices de revolución en todos los campos. Estas condiciones crearon una policromía de movi­lidades en el discurso sobre la naturaleza, que se hicieron visibles en la reconstrucción de una nueva

Roma. La ciudad reflejaba las contradicciones que enmarcaban la lucha por el dominio y la conquista de lo terrenal, fundada en la pugna polarizada de los poderes del Estado y de la Iglesia. Las iglesias remplazaron los antiguos templos de los dioses del Olimpo, en las calles se mezclaron las razas, las culturas y las religiones. Los esclavos disminuyeron y los emperadores cristianos de los siglos II y III, se refugiaron en la Iglesia para gobernar bajo ciertos principios de justicia, prudencia y caridad. La ciudad se vuelve hacia su gente y esta se vuelve hacia la ciudad.

Ilustración 7. Teatro romano en Taormina - Sicilia



<http://www.amigosdelaalcazaba.es/wp-content/2016/09/TAORMINA.jpg>

Los cristianos de los siglos I y II habían sido objeto de persecuciones que produjeron desconfianza. Y estos mismos cristianos pasaron a formar parte de las élites aristocráticas y a influir notoriamente en el gobierno del pueblo Romano. Este desplazamiento histórico condujo al asesinato de miles de cristianos confesos a quienes se les persiguió por razones políticas y religiosas. Incluso, se les llegó a atribuir las calamidades naturales como las sequías, las inundaciones y las malas cosechas. Este desprecio por el cristianismo se puede comprobar en obras de la época como el Discurso verdadero de Celso, en el siglo II, que provocó una respuesta de Orígenes Contra Celso, la reacción contra los cristianos de Celso fue provocada, qui-

zás, por la denuncia de Plinio el joven de la propagación inusitada de los cristianos (Celso-Proteo, 177/1989). También durante el siglo II hubo otro hecho escandaloso que fueron las acciones de Peregrino Proteo, denunciada por Luciano de Samosata en su obra *Sobre la muerte de Peregrino*, en la que cuenta las acciones de este personaje que, entre otras cosas, se vuelve cristiano para hacerse rico y termina sacrificándose en una hoguera al final de los Juegos Olímpicos en el año 165 d.C. (Aristides, 1989). Después de la mitad del siglo II, esta fe perseguida y proscrita pasó a ser una fuente de progreso y de bienestar. El dios de los cristianos, se estaba convirtiendo en la fuerza que inspiró a unos pocos para restaurar las bases del imperio y refundar el prestigio de Roma.

De modo que la consolidación del cristianismo en los siglos II y III, trajo consigo una serie de transformaciones que en el campo religioso se extendieron a la economía, la política, la cultura, el arte y la filosofía. En Roma, se reconstruyó el concepto de ciudad, sus estructuras y esquemas se planificaron y crecieron a la luz de los principios teocéntricos de la teología cristiana. Para darle sentido al papel de Dios y del hombre en la tierra, el primero como creador y el segundo como creación, se pensó que en medio de estos dos se encontraba la naturaleza como la expresión de los atributos, las cualidades y las virtudes de Dios. La naturaleza al expresar en su universalidad los atributos y las características más genuinas de Dios, era testimonio del papel del hombre como transformador y recreador del ambiente natural.

Si antes era difícil comprender la relación directa entre los dioses con los elementos naturales que representaban el sol, los planetas, el aire, los mares, entre otros, ahora era mucho más complejo asimilar la idea de que todo este dominio cósmico se debía a la potencia creadora de un solo ser, trascendente, absoluto y sempiterno. De todas formas, la herencia judía concibe al hombre como dominador de la naturaleza, puesto que Dios le dio el poder de darle un nombre a todo lo creado, y dar nombre es dominar lo nombrado. Por eso, para los judíos, Jahveh es una alusión indirecta de la divinidad, es “ese que existe”, pero no es el nombre de Dios, porque si el hombre pudiera nombrarlo lo dominaría. En esta forma, cuando los cristianos se enfrentaron a los cultos griego y romano, en los que los dioses tenían nombre, con ese solo acto los consideraron como dominados, como seres pequeños, incomparables con el Dios que no tiene nombre. Pero, res-

pecto a la naturaleza, no estamos ante la presencia de una tradición que la cuide. Por el contrario, tanto el antropocentrismo griego como el poder judío de nombrar el mundo, de las dos tradiciones cristianas, produjeron una cultura en Europa en la que la naturaleza estaba sometida al hombre, que era su centro y su dominador. De hecho, el gran bosque europeo se fue despoblado durante la Edad Media hasta quedar reducido a algunos pocos vestigios, especialmente en Alemania, en el este de Francia, en el norte de Italia y en Escocia. Por lo demás, el paisaje europeo es un campo completamente colonizado, protegido solo por el invierno que hace renacer el suelo y las aguas.

Conclusiones

La primera gran conclusión de estas reflexiones sobre los principios de la historia de Europa, en el final del imperio romano, hace alusión a la herencia actual de la sociedad capitalista respecto a una naturaleza que se considera como un recurso que puede ser explotado sin piedad, porque está ahí para ser dominada, para servirse de ella, porque la naturaleza no tiene alma, la naturaleza, plantas y animales, es el entorno infinito que Dios puso para que el hombre dominara y usara a su gusto. Ese antropocentrismo natural, heredado del cristianismo de los siglos I y II, ha puesto hoy al planeta en grave peligro.

Respecto esta primera conclusión, se encuentran muchas otras culturas, especialmente las de los indígenas americanos, que consideran a la naturaleza como madre y al hombre como parte de un mundo que lo excede y lo supera.

La segunda gran conclusión es que el mundo romano dio cabida al cristianismo, entre otras cosas porque era su rescate y su posibilidad de renacer de entre las cenizas de un imperio que se desmoronaba y se atomizaba. Contrario a lo que muchos han aventurado, el cristianismo no fue el detonador del fin del imperio sino su rescate. Y, con este rescate, las posibilidades de expansión y de colonización de una naturaleza que se fue desgastando poco a poco por esta expansión devastadora.

Quizás, se precisa ahora volver a las fuentes de un cristianismo no he-lenizado, no antropocéntrico, que atienda a una ética amorosa que cuida a las demás criaturas como obras de un Dios que es amor. Ni la guerra, ni la depredación del planeta son originadas en el cristianismo primitivo. Pero

la iglesia de Roma se amalgamó con el poder del imperio y desvirtuó esa noción amorosa de la comunidad de Jesús. Se trataría de regresar de nuevo a la concepción de Pedro y de Santiago sobre la hermandad de los hombres, sobre la dignidad humana y sobre el cuidado del mundo que tiene en sus manos.

Trabajos citados

Ángel, A. (2016). *El paraíso traicionado*. Bogotá: Universidad Nacional de Colombia.

Ángel, D. (2015). El tiempo de la memoria. *Revista de Estudios de Filosofía (en estudio)*.

Aristides, E. (1989). *Discursos sagrados: sobre la muerte del peregrino; Alejandro o el falso profeta*. Madrid: Akal.

Boia, L. (1997). *Entre el ángel y la bestia*. Santiago de Chile: Editorial Andrés Bello.

Caratini, R. (1970). *Enciclopedia Temática, Historia Universal*. Barcelona: Argos.

Celso-Proteo. (177/1989). *Discurso verdadero contra los cristianos; Traducción, introducción y notas de Serafín Bodelón*. Madrid: Alianza.

de Isasa, J. (1998). *Historia de la Iglesia*. Madrid: Acento.

De la Peña, J. M. (2010). *Sistemas romanos de abastecimiento de agua*. Obtenido de *Aquae*: http://www.traianvs.net/pdfs/2010_10_delapena.pdf

Díaz-López, L. (2015). ¿Con cuántos habitantes contó Roma en la Antigüedad? Obtenido de *Arraona Romana*: <http://arraonaromana.org/ArticlesNoticias.php?id=123#.V961WFvhA1I>

Sen, A. K. (2000). *Desarrollo y libertad*. Barcelona: Planeta.

Valderas, X. (2014). *Historia del imperio romano*. Obtenido de *Imperio romano*: <http://imperialromanodexaviervalderas.blogspot.com.co/2014/07/historia-del-imperio-romano-1.html>

Walker, J. (2004). *Historia de Bizancio*. Madrid: Edimat libros.